



Fachada occidental de la iglesia de la Sma. Trinidad, en Méjico, dibujada por Lancelot, segun una fotografia de M. D. Charnay.
SEGUNDA SERIE.—1864. AÑO XXII. 36

Este, segun se ve, se habia formado un estilo especial, que positivamente no es digno de gran elogio; pero que se identificaba de admirable modo con el gusto de las poblaciones mistas, cuyas estrañas imaginaciones era necesario interesar. Para apoyarlo en su obra, tuvo que acudir á don Antonio José Narvaez. La iglesia de la *Santísima*, fué inaugurada el 17 de febrero de 1783. Un siglo lo mas despues de los primeros trabajos, un temblor de tierra, arruinó tan completamente el edificio, que fué menester cerrar la iglesia á los fieles; mas en virtud del celo del hábil é instruido eclesiástico, don Pablo Torres Vidal, todo quedó muy en breve reparado y concluido.

La nave de la iglesia, mide 25 1/2 varas de largo y 14 de ancho, y tiene 21 en la parte ocupada por el crucero. Se le calculan 41 varas de alto hasta la linternilla. Se estiende de Oriente á Occidente. La portada de la lámina, mira á Oeste. En la parte central de la iglesia, hay un bajo-relieve de muy dudoso gusto, que representa la Trinidad con las insignias que recuerdan al apóstol San Pedro, bajo cuya denominacion, existe la congregacion actual.

CONSIDERACIONES GENERALES

SOBRE EL TEATRO.

SU INFLUENCIA EN LOS PUEBLOS ANTIGUOS Y MODERNOS.

I.

Si el progreso material de un pueblo está en razon directa de sus riquezas comerciales, de sus adelantos fabriles, de sus bellezas artísticas, de sus productos agrícolas é industriales, el desarrollo de su inteligencia no debe mirarse simplemente como un adorno ó un acontecimiento literario, sino como un suceso social que puede verificar una revolucion en las instituciones y en las ideas, y que llevando en sí un influjo eminentemente moral y civilizador, viene á ser la sávia que hace fructificar las ramas del árbol social, y el alma que da vida á ese gran cuerpo que se llama pueblo. Y el teatro es, sin duda alguna, uno de los principales órganos de la civilizacion, ya se le considere bajo las doctrinas del paganismo inspirando á los pueblos á vencer en Marathon y Salamina, ó sellar con su sangre los desfiladeros de las Termópilas, ya bajo el cristianismo, enseñando al pueblo á practicar la virtud y haciendo girar ante su vista el magnífico panorama de la vida real, donde brillan confundidos el amor y la gloria, la fé y la amistad, inspirando á las naciones la ambicion de su independencian, á los pueblos el amor á su libertad, y á los individuos el horror á la esclavitud.

En vano se ha intentado aminorar la importancia del teatro y su influencia en las costumbres de los pueblos: pueden los moralistas sistemáticos y los filósofos declamadores predicar una moral segun sus ideas; pueden otros desde el púlpito ó desde el reducido espacio de una cátedra atraer la atencion de su auditorio é impresionar la imaginacion con las doctrinas consagradas por una moral sencilla y severa, pero su fruto será muy escaso, aunque su papel es quizá el mas hermoso y mas difícil de desempeñar: será

muy escaso, repetimos, porque á mas de la variedad de inteligencias, de la frivolidad de unas, y la poca penetracion de otras, es sumamente difícil apoderarse de los ánimos cuando no se presentan las doctrinas de un modo tal, que puedan insinuarse indistintamente en todos los corazones ó impresionar todas las almas; además de que una cosa escrita ó declamada tiene que hacer necesariamente un papel secundario. Por el contrario, preséntese el pensamiento en un drama; hágase vivir á los personajes y adórnense las escenas con el talento del genio, y se tendrá la vara mágica que haga conmover todos los ánimos, impresionar todos los corazones y hacer que fructifiquen las semillas que se pretenden sembrar, porque lo maravilloso á todos cautiva. Hasta fines del siglo XVII la idea moral estaba unida á la idea religiosa; pero la revolucion que se vino operando en las inteligencias desde el siglo XV, hizo que la libertad del pensamiento, retenido en un círculo limitado, rompiese las trabas que lo oprimian y revolviere hasta en sus últimas profundidades la masa de las instituciones y de las ideas: desde entonces ya no es la moral patrimonio esclusivo de la cátedra y del púlpito, y el teatro reasumió en sí muchas de las aspiraciones filantrópicas de los moralistas. Echemos una rápida ojeada desde el origen del teatro hasta nuestros días, y hallaremos la confirmacion de nuestro aserto.

Cuando los pueblos antiguos, dejando su primitivo estado de barbárie, comenzaron á formar pequeñas sociedades, sus costumbres tenian ese sello de timidez que caracteriza á las naciones infantes cuando no tienen una senda fija por donde encaminarse: su voz bronca y monótona hacia resonar en la soledad de sus bosques vírgenes ó en las faldas de las montañas los cantos de sus fiestas, bailes y ceremonias religiosas; pero luego fué preciso celebrar la intrepidez de los guerreros en los combates y ahogar con los himnos dedicados al vencedor, los lamentos de los vencidos; fué indispensable brindar en los banquetes por la memoria de los héroes y encender el espíritu guerrero de las tribus con la relacion de las hazañas de sus antepasados, y aquellos cantos, pasando de pueblo en pueblo, de generacion en generacion, perpetuaron la memoria de las primitivas razas, viniendo á ser la poesia lírica el solo libro, el único drama donde mas tarde los filósofos y legisladores estudiaron las costumbres y la índole de los pueblos bárbaros, y la primera hoja de la historia del mundo. El nombre de Troya no existiría hoy sin la Iliade, y sin los cantos de Ossian las hazañas y costumbres de las tribus del Norte yacerian sepultadas en el olvido como las montañas de Morvén en sus eternas nieblas.

Pero la tendencia al progreso, encarnada en el hombre desde el instante en que tiene conocimiento de su ser, se comunicó á su pueblo desde que comprendieron que tenian voluntad para obrar y fuerza para conseguir, dos cosas indispensables para formar el poder de la unidad, que es la base de todas las nacionalidades: por eso, cuando su desarrollo material é intelectual fué bastante poderoso para hacerlos caminar desembarazadamente á su perfeccion, la poesia lírica, primera expresion de su espíritu y sus pasiones, no pudo llenar todas las necesidades, ni satisfacer todas las exigencias de una nacion que, desarrollando sus fuerzas físicas y morales, se levantaba al mas alto grado de su mejora social. Pasemos por alto la historia de los egipcios grabada en el granito de sus gigantescas pirámides y obeliscos,

panteones de tantos sábios, filósofos y reyes, que, celosos de su grandeza en sus mismas tumbas, no parece sino que sus almas se encarnaron en los átomos de sus móviles arenales, para interponerse entre ellos y los profanos ojos de las generaciones que les sucedieron, con el mismo afán que los sacerdotes de Isis se abismaban en las profundidades de la tierra para ocultar al vulgo los misterios de su culto: dejemos á los indios, cuya literatura está casi reducida á cantos religiosos, tan sombríos é indescifrables como las nebulosas doctrinas de sus bracmanas, y fijémonos en la Grecia, el primero entre los pueblos libres y cultos de la antigüedad.

La página mas admirable de la historia de este gran pueblo, en medio de los nebulosos tiempos de su antigüedad, es el sitio de Troya: esta guerra de diez años que hizo reunir en un solo cuerpo todas las tribus griegas y fraternizar pueblos enemigos, fué el lazo indisoluble de su nacionalidad y el gérmen de su ilustración artística y moral. Cuando Homero, el divino ciego de Scío, aparece en medio de los poetas cíclicos, que andaban errantes de pueblo en pueblo, cantando los combates y las guerras, narrando la historia de una tribu y á veces la de una nación entera, enmudecieron los cantos órficos de las tradiciones, para dar paso á la poesía épica, primer paso de la que mas tarde se conoció con el nombre de dramática: ella fué la que hizo afirmar el espíritu de asociación entre las tribus unidas solo para luchar con pueblos enemigos, para despues separarse al menor accidente de conveniencia ó rivalidad; ella inspiró el amor nacional de los griegos, representando en cuadros mas ó menos generales sus luchas, sus guerras, sus triunfos ó derrotas; en las plazas públicas, en los campos y en toda clase de fiestas privadas ó generales, se representaban escenas de los tiempos pasados, y el pueblo conservaba en lo mas recóndito de su alma, un noble sentimiento de envidia y orgullo hácia aquellos héroes celebrados por sus poetas. Homero con su magnífica epopeya verificó el perfeccionamiento moral de los griegos: legislador y apóstol, al mismo tiempo que les inspiró el sentimiento de la unión nacional, hizo desaparecer las monstruosas leyendas de las tradiciones antiguas, para dar lugar á las divindades del Olimpo: su influencia se extendió á todos los pueblos de la Europa antigua y del Asia; los espartanos se instruían aprendiendo de memoria sus versos y los de Terpendro; los jónios y los mesenios recogieron muchos de sus cantos para cimentar en ellos su civilización. Los economistas modernos nos dirán que la antigua civilización de la Grecia es exclusivamente hija de la invención del arado; pero se olvidarán de confesarnos que la industria material, que las artes plásticas y la arquitectura helénica deben mas á los escritos de Homero que á todos los grandes hombres, cuyos nombres llenan los anales de su historia.

La predisposición general y continúa á encaminar á su perfección la educación intelectual, hizo ensanchar los límites en que ésta se encerraba: á las odas é himnos sagrados de Lino, Pamfo y Museo, que eran la expresión genuina de sus creencias y el dogma de sus doctrinas, sucedieron los recreos y diversiones públicas, donde se disputaban el premio la música y la poesía. La Grecia caminaba rápidamente á su perfeccionamiento social: tenía un pueblo ávido de instrucción, pero le faltaban escuelas donde el espíritu se amantase en los preceptos de la moral y de la justicia; donde comprendiese los deberes del ciudadano y acrisolase su al-

ma en el sagrado fuego del amor patrio, donde aprendiese á detestar el vicio como á los enemigos de su independencia, y el crimen como á los verdugos de su libertad; hasta que Esquilo, el ilustre soldado de Marathon, echa los cimientos del teatro griego, esa grande escuela que, haciéndose comprender por todas las clases de la sociedad, tiene todos los talentos por profesores y todas las pasiones por discípulos, y cuyo influjo avasalla todas las inteligencias, se estiende y se propaga hasta un punto tal, que tiene al mundo por tributario de sus ideas benéficas, caritativas y filantrópicas.

II.

Los críticos de todos los tiempos, limitados á cotejar el arte con el arte y la belleza con la belleza, muy raras veces se dedicaron á investigar los efectos y las modificaciones que producen en la sociedad las grandiosas ideas morales emanadas del progresivo desarrollo de las inteligencias y presentadas bajo la forma poética. Los diferentes ramos del saber humano se disputarán la supremacía en la ilustración de los pueblos, y cada individuo citará hechos que hagan inclinar la balanza del raciocinio á su favor: el orador sostendrá que ninguna cosa puede igualar el magnético influjo que ejerce la voz del tribuno sobre las masas populares, sea defendiendo los intereses y la probidad de sus conciudadanos, ó como Demóstenes tronando en la plaza de Atenas y arrebatando al pueblo á defender su libertad contra la ambición del tirano de Macedonia: el conspirador, erigiéndose en hombre de gobierno, dirá como Bruto que la virtud es un fantasma, y que bajo el puñal del asesino es como los pueblos sacuden la tiranía; de este modo, el sagrado árbol de la libertad regado con sangre, tan solo producirá frutos de muerte: el economista cifrará su bienestar, fomentando los bancos agrícolas, desamortizando la propiedad y proclamando la garantía del trabajo; pero no ilustrándole, el pueblo jamás se emancipará de la fatal tutela de los proteccionistas: el moralista, llevando en sus labios la oliva de la esperanza y en su voz grave é insinuante la verdad y la justicia, elevando su espíritu á las misteriosas regiones de la virtud, impresionará dulcemente su imaginación, pero fatigará su limitada inteligencia: y si no poned en manos del pueblo la *Historia de las variaciones* de Bossuet, las teorías de Locke, los sermones de Blair ó Massillon, y vereis como la gravedad de la forma que rechazan las incultas imaginaciones, y la profundidad de las ideas desarrolladas con la frialdad de la filosofía adecuada para cimentar la ciencia sobre bases metafísicas, y la verdad sobre el error, si bien dan pábulo á la investigadora curiosidad del sabio, ó hacen que el poeta coloque en medio de sus doctrinas el santuario de sus sueños, su influjo no obra, ni puede obrar de un modo directo sobre la fría y tosca inteligencia del pueblo.

No se diga que raciocinamos sobre una hipótesis: la Grecia, sacudiendo las tenebrosas nieblas de sus antiguas tradiciones, abrió una senda fija y desembarazada á su civilización: su filosofía teológica, al revés de la teología de los indios y los egipcios, tuvo su origen en las obras de sus poetas, que, interviniendo en todas las solemnidades de la vida, contribuyeron á desarrollar el carácter original de los griegos y hacerlos independientes del espíritu sacerdotal que contuvo y aprisionó en el tenebroso círculo de sus misterios, la ilustración de los demas pueblos. Desde Homero

hasta Esquilo, la Grecia establece su unidad nacional, barrera insuperable á las discordias intestinas y á las invasiones: forma su soberanía donde se estrellan las tiránicas aspiraciones de los bandos políticos y la arrogante ambición de los déspotas, y afiliando su existencia pública con la privada, adquiere la suficiente energía para escalar los senderos de la ciencia y de las artes. Desde Esquilo hasta Aristófanes, el pueblo interviene en los asuntos públicos y aprende en el teatro á no sujetar el sentimiento de su dignidad personal á los caprichos de un hombre elevado al poder: el orgullo de la independencia y el amor á la patria hierven en los vigorosos versos de Esquilo como político, mientras que su moral estaba cimentada en la mas estéril fatalidad. Sófocles, mas dulce y majestuoso, atrae el espíritu de los griegos con la suavidad de sus versos, y les inspira amor y respeto á las costumbres patriarcales: ama la libertad, pero sin guerras; detesta el crimen, mas pide perdón para el reo, y su moral mas dulce y benigna que la de Esquilo, dió á sus conciudadanos la idea de una providencia. Aristófanes, marca el punto de la desmoralización de la república, y la época de los sofistas que todo lo ridiculizaban.

Después que el teatro griego contribuyó al engrandecimiento y á la ilustración del pueblo, no teniendo unidad en su moral, vino á sucumbir ahogado entre las sectas filosóficas hijas de sus propias doctrinas, y el pueblo, fluctuando en medio de aquel aluvion de moralistas que confundían los errores de su filosofía con la religión enlazada á la unidad de un Dios, perdió su influencia y energía moral para entregarse en brazos de la mas cínica corrupción. Sócrates, presintiendo tal vez la esclavitud de su patria, se declaró ciudadano del mundo; y el genio protector de la Grecia que detuviera su vuelo para recoger el último aliento de Filopemen, temiendo arrastrar sus alas por el fango de la esclavitud, abandonó un pueblo que colocaba sobre los hombros de la estatua de Temístocles la cabeza de un esclavo. El último rayo de la civilización griega no hizo mas que alborrear débilmente sobre las cumbres del Capitolio. Los teatros de Roma eran sus circos de gladiadores, las marchas triunfales de sus guerreros haciendo rodar en la plaza del Capitolio las cabezas de los jefes enemigos, de los héroes vencidos: el látigo y la espada eran las únicas cosas que electrizaraban al pueblo-rey. Pero habia llegado el tiempo en que las utopías irrealizables de los filósofos antiguos se desvaneciesen ante el sol de la verdad, que derramase entre los infecundos vapores de su estéril egoísmo la caridad en lo mas íntimo de las almas, que suavizase los movimientos irritantes que alimentan unas contra otras las clases hostiles, y prodigase la claridad y el calor sobre las tinieblas que rodean la desmantelada cabaña del esclavo y el lecho del moribundo pobre: que antepusiese á la ilustración tímida y supersticiosa en la India, soberbia y egoísta en el Egipto, exclusivista en la Grecia y corruptora en Roma, una civilización fundida en el crisol de las primitivas leyes de la naturaleza con los dogmas de una religión de paz y de amor; que sustituyese á la *venganza grata para los nobles corazones y deleite para los dioses*, (1) la caridad y la virtud.

Mientras que la filosofía de Epicuro invade los templos, las casas, los palacios, es proclamada en las plazas públicas y se enseorea en los teatros; en tanto que las diferentes es-

cuelas filosóficas tienden á la abstracción individual, y sin un punto fijo de partida intentan imponer sus doctrinas como la base fundamental del progreso y la felicidad humana: el cristianismo aparece confundiendo la civilización y la religión, derriba la tiranía hija del oprobio y envilecimiento de los pueblos, y sustituye la fraternidad á la esclavitud universal.

El alma se prenda de lo bello, la razón de la justicia, y el corazón, obedeciendo á los impulsos de una y otra, ama y respeta lo que el alma y la razón admiran: por eso el cristianismo fué para los pueblos el solemne y armonioso canto de libertad que hizo despertar la sociedad antigua del ponzoñoso sueño de la esclavitud y sonreír las almas de nuestros primeros padres, que preveían en su celeste armonía la voz regeneradora de la verdad, llamando á sus hijos al banquete universal y despojando su corazón del frío de egoísmo y su alma de las estériles tinieblas de la duda.

Desde entonces el mundo antiguo, postrado en el infecundo lecho de sus errores, se alza lleno de vida, y dotado de la juventud eterna de las nuevas doctrinas, rompe los lazos que lo ligaban al exclusivismo de la filosofía pagana y se prepara á fundir con la variedad de sistemas políticos y religiosos, la uniformidad de instituciones, costumbres y cultura en el sagrado crisol de una religión santificada por su moral. Y la literatura, recibiendo una nueva faz y reflejando las aspiraciones del cristianismo, ó bien manifestando las pasiones originadas de esta nueva religión, contribuyó poderosamente á inocular en las sociedades las ideas salvadoras de su severa moral, como veremos adelante.

No importa que los vientos del Norte arrebatan los hijos de sus bosques seculares y los trasplantan con la violencia del huracán á las regiones del Mediodía; nada vale que bajo el casco de los caballos de sus guerreros sombríos y vehementes como el vértigo que los arrastra, quede infecunda la tierra que los sostiene, si vienen á ingerir en el seno de una sociedad decrepita y agobiada por una prolongada agonía, una virilidad enérgica formada por la espaciación religiosa y la opresión civil: el genio de la civilización desplegará sus alas sobre los conquistadores; se perpetuarán en ellos el idioma, las leyes y religión de los vencidos, y después que el tiempo y las revoluciones hayan confundido su forma social con el polvo de los tiempos antiguos y la tumba de las sociedades destruidas, el Occidente á su vez procederá á su conversión hácia el Oriente.

Llegando á este punto, se trasforman las naciones que no pueden perecer, y al estrépito de las tempestades de muerte que ensordecen los pueblos con los gritos de guerra, dominan los acontecimientos para lanzarse con una confianza activa por la senda del progreso, obstruida con las preocupaciones antiguas y que desembarazará el incontrastable torrente de los siglos. La espada de Carlos Martell pone un dique al torrente devastador de los árabes, y la civilización vuelve á desplegar sus alas sobre el Occidente. A las fantásticas tradiciones de los germanos y escandinavos, sustituyen la gaya ciencia, los romanos melancólicos del Mediodía y la astronomía: la ciencia, aunque imbuida en las supersticiones sembradas por las razas bárbaras que intentaba dominar, sale de los recintos monásticos para anudar las tradiciones religiosas á las antiguas constituciones políticas. Y en medio de este general movimiento, la poesía popular es quien toma una parte mas activa y hace desen-

(1) Homero.

volver con mas seguridad la emancipacion del pensamiento, y verter un rayo luminoso entre las tinieblas de las aspiraciones y tendencias populares; ella fué la primitiva base de nuestros teatros; sus romances, ora políticos y religiosos, ora celebrasen el ardor de los combates ó las dulzuras de la vida privada, hablaban poderosamente á la imaginacion, y representaban todas las vicisitudes de aquella sociedad agitada incesantemente por el fragor de las batallas, por el doloroso martirio de las víctimas religiosas, y por el clamor de las luchas intestinas; cada uno de sus cantos era un drama épico ó religioso en que los pueblos representaban el doble papel de actor y autores, y cuyos versos modulados por sus labios, afirmaban y robustecian sus creencias. Debemos, sin embargo, indicar aquí una notable diferencia. En los cuatro primeros siglos del cristianismo, el mundo retrocedia al gobierno patriarcal, cuando la humanidad debia lanzarse con toda la fé de las nuevas creencias á desembarazar la senda del porvenir abierta por la igualdad religiosa. La literatura, que en un principio fué solo cultivada por los padres y los santos, y llamada á ser la iniciadora de estos principios, se replegaba á la servil imitacion de la literatura pagana, y causa una triste impresion en el ánimo, ver las obras de los primeros escritores, desprovistas de sentimiento, originalidad, y ataviadas con las formas mitológicas (1): su verdadera fuerza de accion y su natural influjo no fueron conocidos hasta que se generalizó la literatura popular. Concluida la emigracion germánica con los longobardos, comenzaron las naciones á reconstruirse bajo las doctrinas de la Iglesia; separados los pueblos por diversos intereses y por enemidades hereditarias, el cristianismo influyó de un modo poderoso para someter el abuso de la fuerza al orden moral; consolidando su unidad é independencia, emprende la grande obra de la civilizacion y nuevos elementos de vida se introducen en el seno de los pueblos. Pero la monarquía, la teocracia y la democracia comienzan una nueva lacha de dominio y de intereses: el clero se adhiere á las primeras,

(1) Entiéndase que hablamos de los poetas y escritores religiosos: las obras de Gregorio Nacianceno, San Severino, Paulino, Prudencio, San Hipólito, Lactancio y otros, son una prueba de lo que asentamos: en sus composiciones han querido prestar un color poético á las cosas santas que cantaron, vistiéndolas con la forma, con las imágenes y hasta con el estilo de las obras de los poetas paganos. Sus frutos no compensaron tales esfuerzos, y solo se les debe que la poesia lirica siguiese una nueva senda, cantando los sentimientos interiores y llegando á tomar un vuelo mas poderoso en cuanto se inventaron las reglas del canto. Aun hoy admiramos, y nos sentimos profundamente conmovidos, al leer las estrofas llenas de sublime majestad y suave tristeza de los himnos *Deus creator omnium* de San Ambrosio, el *Gloria in excelsis Deo* de San Hilario y el *Salve flores mártirum* de Prudencio, que resuenan saturadas de una música y expresion evangélicas en la misa católica. En la poesia descriptiva es donde mas resalta la imitacion: sabido es que las ficciones mitológicas han tenido siempre gran preponderancia en los cantos de los poetas de todas las naciones, y no hay poema alguno en donde no se reproduzcan escenas de la Iliada, la Odisea y la Eneida; las formas siempre son las mismas; casi nos atrevemos á decir que tambien el fondo. Los amores de Tancredo, los bosques de Armida, Adán y Eva en el *Paraiso* de Milton, se tocan, casi se confunden con Dido y Eneas, Penélope y Ulises: en la poesia descriptiva de los primeros poetas cristianos es donde la imitacion llega á ser una copia, á pesar de que Mr. de Chateaubriand en el *Genio del Cristianismo*, tal vez con mas pasion que razon, dice que los antiguos carecieron de poesia descriptiva.

allí reside la fuerza y la fuerza, y el triunfo parece inevitable; pero al lado del pueblo se levantan los romanceros que le instruyen, conduciéndole á través de las nieblas de la ignorancia en que se hallaban sumergidos, á emanciparse por medio de la razon y del derecho: ellos eran la encarnacion viva de los sentimientos populares, sus romances cantados ó representados llevaban con la armonía de sus notas el placer, la fuerza y la luz á los corazones de sus oyentes; tanta era la veneracion que inspiraban, que en muchos paises en que estos cantores abundaban y eran conocidos con el nombre de juglares, se les tenia en gran respeto, veneracion y estima. En todos los pueblos existe el mismo afán, la misma analogía: la poesia nacional es la antorcha sagrada de su independencia, la apoteosis de su libertad; su mision y sus deberes no han sido comprendidos y por eso fué desatendida; pero su influencia, aunque obrando de un modo lento, fué poderosa é hizo inclinar la balanza al lado de la razon y la justicia. Dejád la Europa, y llevando el pensamiento en alas de la imaginacion á las regiones de la Arabia, estudiad las costumbres de esos pueblos, y vereis la imagen de Antar flotando sobre las tiendas de los árabes, ó entre las caravanas del desierto: prestad atencion á esos cantos guerreros, apasionados ó sentimentales que os hacen estremecer y conmueven vuestro corazon con la energia vehemente ó la apasionada dulzura de sus notas, y oireis la voz de Antar que hace centellear los ojos de sus oyentes, ó adormecer sus pasiones bajo la atmósfera fantástica de sus cuentos. Nada mas grande, nada mas sublime que esa poesia primitiva que habla al corazon, que adulando nuestros sentidos, nos arrebatada y arrastra el espíritu en pos de su inimitable armonía. *El poema de Antar es la poesia nacional del árabe errante; son los libros santos de su imaginacion* (1): allí están las costumbres, las creencias de su pueblo, la fé y el valor de esos guerreros de imaginacion tan ardiente como el sol que abrasa sus desiertos inmensos, tan valientes é impetuosos como el simoun que arrebatada sus dilatados arenales. Nada mas ardientemente apasionado que sus cantos amorosos; en medio del estruendo de los combates, *se acordaba de su amada, en tanto que las lanzas bebían en su cuerpo, y los aceros de la India se bañaban en su sangre. Ansiaba con ardor imprimir sus besos en las espadas, porque su brillo le recordaba el de los dientes de su amada cuando sonreía; y en tanto que todos gritaban ¡Antar! las lanzas brillaban como la luz de los relámpagos sobre la nube de su negro corcel* (2).

La poesia popular ha sido siempre el idolo de los pueblos; hija de sus costumbres, de sus inclinaciones y sus afectos, libre en sus inspiraciones y desprovista de las galas retóricas que ostentaba la literatura cultivada por los monjes y eclesiásticos, campea por su vigor y originalidad: en tanto que el pueblo desprecia y olvida la una, amaba y le era grata la otra, porque se acomodaba á sus ideas, pasiones é intereses; órgano de las aspiraciones de las épocas que atravesaba, de las pasiones, de las convulsiones políticas, de los lances caballerescos y de sus creencias religiosas, solamente ella podia satisfacerle é instruirle.

En el siglo XII comienza á tomar otra forma; en tanto que la rivalidad de intereses y los frecuentes actos de vio-

(1) Lamartine, Viaje á Oriente.

(2) Antar.

lencia enconaban el odio de los señores feudales; en tanto que la agitacion de los partidos avivaba el desenfrenado egoismo de los poderosos que no reconocian mas ciencia que la fuerza, las clases inferiores prestaban un poderoso apoyo á la lucha de las comunidades con el feudalismo; su espíritu siempre en lucha con la autoridad gravitante de la fuerza, comenzaba á vislumbrar otro fin y otros derechos: no, ya no son los cantos populares de aislados sucesos, los que resuenan en las cumbres de las montañas, en las plazas y fiestas populares, aunque prescindiendo de la forma, sus tendencias son enteramente iguales: las escenas públicas, los hechos históricos nacionales, son los que se elevan como el estruendo de la tempestad al pié de las murallas de los castillos y en medio de las plazas públicas; los cantos del pueblo dejan entonces su forma vaga y casi indeterminada para dar un verdadero cuerpo á sus pasiones, para formalizar su nacionalidad é independencia entre los dispersos fragmentos del feudalismo agonizante.

No nos detenemos, ni es de este lugar, examinar las diferentes fases de la poesia popular ó dramática, ni su majestuosa marcha á través de las convulsiones políticas que agitaron el mundo al finalizar la edad media. Es un hecho indudable y un hecho histórico, que las naciones ó las familias degeneran ó se mejoran; que los pueblos, ávidos de una mejora material, sienten la necesidad de rehacerse, y á despecho de los obstáculos que les ofrece su época, se lanzan á desembarazar las sendas que se oponen á su bienestar, obstruidas por las ruinas que en ellas amontonaron el tiempo y las revoluciones. Uno de los principales auxiliares para descubrir el verdadero camino, es la literatura, que personifica las ideas dominantes y las doctrinas de cada siglo, el espíritu de cada época, las tendencias de cada pueblo, y es la que llega á enlazar el arte con la fé, el pensamiento con la forma y la política, ó mejor dicho, la filosofía con la sociedad: ella se modifica segun las aspiraciones de los pueblos, encadenando las íntimas ideas del individuo con las tendencias de la sociedad contemporánea, y variando de forma segun las instituciones y la naturaleza de cada pueblo. La razon es la madre de la filosofía, pues es donde se debe estudiar el ascendiente de la literatura dramática sobre los espíritus, y sus relaciones entre las costumbres y las instituciones. En el largo período de su desenvolvimiento y apogeo, grande ha sido siempre su influjo en la moral y educacion de los pueblos; allí donde la literatura dramática ha campeado, sus beneficios fueron no menos grandes y de felices resultados: el poeta, elevándose sobre las preocupaciones, avasalla las circunstancias del presente y lleva en pos de su mirada, á los espaciosos horizontes del porvenir, el espíritu de sus contemporáneos. Dante y Shakspeare son los primeros poetas que se encuentran frente á frente con la sociedad en que vivieron; son dos estrellas que se tocan en un mismo punto, pero que descienden á su ocaso por diferentes caminos. Dante, al querer combatir la corrupcion de su época, nos presenta al hombre envuelto en las tinieblas del infinito, á través de las cuales con dificultad podemos examinar sus héroes, ni seguir al poeta en las misteriosas profundidades á donde quiere colocarnos: Shakspeare hace su anatomía; todos los vicios, todas las pasiones y virtudes de sus héroes están admirablemente delineados, y nos parece tocar la realidad de sus concepciones, porque supo identificarse con todo lo que veia, ó con lo que su imagina-

cion concebía; juez inexorable del hombre y sus actos, describe la humanidad sin adularla, y su inflexible imparcialidad no reconoce perdon ni piedad: tal vez fué el único poeta que colocándose sobre la especie humana, se hizo un ser escepcional é independiente; en sus obras no sostiene teorías ni principios, analiza al hombre en su completa desnudez. Pero la filosofía vino á borrar sus huellas, para encadenar la literatura á sus pasiones y amoldarla á las ideas que comenzaban á desenvolverse: sobre la tumba de la libertad civil se levantaba la libertad del pensamiento, y ni el genio de Dante y la imaginacion de Shakspeare podian satisfacer á los nuevos principios, ni llenar las necesidades inherentes á la época que el pensamiento filosófico hacia vislumbrar á los pueblos, y lisonjear su libertad al hacerlos caminar bajo un estandarte comun. En Italia, Inglaterra y Francia los teatros eran la esplosion de los sentimientos nacionales, la escuela donde el pueblo se adiestraba para las luchas del presente y las ambiciones del porvenir. La confrontacion de los sistemas y los dogmas de las diferentes escuelas filosóficas, demostró muchos errores de que el teatro participó; pero siempre se hallaba en su fondo el espíritu emprendedor del pueblo hácia su libertad, en tanto que las monarquías, considerándose próximas á desaparecer, se encerraban en su egoismo: acaso esto mismo fué la causa de que se mirasen las representaciones como un escándalo y fuesen desaterradas de algunos pueblos como en Ginebra, y en Novara por Tornielli (1), y luego en España bajo el reinado del imbécil Carlos II, hasta que mas tarde tomaron nuevo rumbo segun las tendencias y circunstancias de las épocas que atravesó, dejando en todas ellas una saludable influencia en las costumbres.

Procediendo al resumen de estas ligeras consideraciones vemos que desde los primitivos tiempos de la Grecia, la literatura se halló al frente de su ilustracion artística y moral; que el pueblo, consiguiendo su nacionalidad é independencia bajo la influencia de Homero, conculcó su soberanía con el movimiento literario iniciado por Esquilo y llevado á cabo por Sófocles, llegando á perderla cuando la demoralizacion y la tirania echaron por tierra sus venerables tradiciones: Roma, despues de conquistar el mundo, y considerando la libertad de los pueblos como un insulto á su despótico dominio, no podia regenerar la humanidad, ni ser el órgano de su civilizacion; ella se adornó con las artes, ciencias, literatura, hábitos y costumbres de los vencidos, y en medio de tan opuestos principios solo alcanzó á corromper los mas esenciales de la vida social. En el cristianismo, la literatura se apasionó de las formas griegas, que ninguna relacion tenian con nuestras costumbres y creencias, y solo despues del siglo VIII aparece con una forma original debida á los romances. Para la fria abstraccion de los moralistas muy poca importancia merecerá la literatura dramática; pero si consideramos el influjo que ejerció en el porvenir y educacion de los pueblos, y con especialidad en los

(1) No obstante esto, los jesuitas tenian un teatro en cada colegio, donde se representaban dramas y tragedias sobre asuntos morales y religiosos. En el concilio de Constanza, los prebendados ingleses representaron un drama, y si no estuviere probada la influencia del teatro en la civilizacion de los pueblos, bastaria citar el motin del pueblo inglés, cuando un ministro, que habia comprado la casa donde vivió Shakspeare, derribó la morera bajo la que acostumbraba á descansar el gran poeta.

tres últimos siglos, hallaremos que ella es uno de los mas eficaces elementos para conducir la humanidad á su verdadero fin social; hija de sus pasiones é intereses, imágen de todas sus vicisitudes, á ella está reservada la educacion del verdadero pueblo, del pueblo paciente, sufrido y laborioso; ella se forma en todas las latitudes, representa los mismos intereses en todas partes, las mismas pasiones, las propias ideas y los mismos derechos; ella y solo ella es el gran maestro del pueblo, y la que puede mostrarle clara y espedita la senda del porvenir.

MANUEL ANGEL CORZO.

EL COLLAR DE UNA REINA.

MONOGRAFIA DE LA PERLA.

Confianzas de una perla á una jóven reina.—Su cuna.—Sus primeros pasos en el mundo.—Semiramis.—Cleopatra.—Un jefe de una tribu salvaje.—Llegada á Francia.—María Antonieta.—Perla de un académico.—Formacion de las perlas.—Cabellera de Venus.—Muslo de Júpiter.—Concha de la ostra.—Pesca de la perla.—Buzo.—Chinos pescando perlas.—Perlas falsas.—Perlas de Turquía.—Perlas de Venecia.—Es preciso sufrir mucho para ser bonita.—Perlas históricas.—Perla de Julio César.—Servilia.—Perla de Felipe II.—Perla del Schah de Persia, estimada en millon y medio.—Leon X y Rodolfo II.—Perla de Luis XIV parecida á un busto de hombre.—La reina guarda la perla en un estuche de oro.—Lamentos y quejas de la perla.

Una jóven reina de las regiones del Norte, despues de un magnífico baile, en el que habia sobresalido por su belleza y rico pretendido, entraba sola é inquieta en sus habitaciones particulares. ¿Qué pensamiento agitaba así á aquella encantadora reina? ¿Corria peligro el Estado? ¿Habian perdido sus generales alguna batalla? ¿Estaba la corona vacilante sobre aquella preciosa cabeza? Nada de esto. ¿Veis aquella hermosa y gruesa perla que brilla en el centro de su collar? Pues á causa de su tamaño, la reina la cree falsa y he ahí el motivo de su pena.

¡Pobre siglo de desconfianza en que lo falso corre por todas partes, y es preciso dudar de lo verdadero!

Bien pronto la bella perla fué condenada. Dos dedos encantadores, encargados de la ejecucion de la sentencia, la desengarzaron del collar real y la echaron en una copa de alabastro. Mas ¡oh prodigio! La perla cambió de color de repente, y tomando uno mas rojo que el coral, se envolvió poco á poco en una nube de melancólicos reflejos, como para ocultar su humillacion; despues, del fondo de esta nube salió una voz dulce y agradable, una voz de una aflijida perla que decia:

—¿Qué vergüenza para una perla como yo ser tratada así! ¡Oh! ¡si tú supieras quien soy, reina injusta!

La reina, que jamás habia oído hablar á las perlas, dió un grito de admiracion, se aproximó á la copa y con el gesto mas amable que pudo, brindó á la perla á que la contara su historia.

La perla empezó diciendo:

—Debo hacerte presente, que no eres la primera reina que me ha poseido y á quien he servido de adorno. Soy la famosa perla de Cleopatra.

A estas palabras, la reina se inclinó y tembló de placer.

—Ves, pues, que mi nobleza vale tanto como la que mas, y que soy digna de consideracion; advirtiéndome que ya no era yo jóven cuando me poseyó Cleopatra. Hace mas de tres mil años que nací en el fondo del Océano indio, en medio de

las algas marinas, de corales y de brillantes madreporas. Una preciosa concha de lepada fué mi cuna, y mi pescador murió, en castigo de haberme separado de mi dulce patria.

Despues, mi belleza fué causa de ir á poder de la reina Semiramis, quien me tuvo siempre gran cariño. Recuerda que esta reina vivía en la mejor ciudad del mundo, que poseía los mas magníficos jardines que darse puede, pero ¡ay! ¡cuánto echaba yo de menos las azuladas aguas que me habian servido de cuna!

Brillé por mucho tiempo en la frente de Semiramis. ¿A dónde fuí luego? no puedo decirlo; tengo, como he dicho, tres mil años y á esta edad nada tiene de particular que la memoria no me sea completamente fiel.

Lo que nunca olvidaré, será mi estancia en el palacio de Cleopatra. Allí es donde yo he vivido con la sociedad mas rica de perlas raras, de piedras preciosas y de admirables brillantes. Hoy cada una está por su lado; muchas han desaparecido y creo no volveré á ver á las que aun existen.

Esas malas gentes que se llaman, segun creo, historiadores, estendieron la voz de que Cleopatra me habia hecho disolver y me habia bebido. ¡Beberme Cleopatra! A mí que ¡a adoraba; á mí que quería á Antonio, á quien ella tanto amaba; á mí su confidenta, su amiga y su hermana. No era posible que Cleopatra hubiera hecho tal cosa, así es que esos rumores y cuentos son absurdos y mentiras.

Murió Cleopatra y compadeciéndose Antonio de mi dolor, me colgó al cuello de la estatua de Venus Anadyonema. Era Venus, pero no era mi inolvidable Cleopatra.

Todos en el mundo, tienen dias de pesar y de satisfacion. Tan cierto es esto, que hace poco tú me juz....

La reina hizo un movimiento de súplica y la perla arrepentida prosiguió de esta manera.

—Despues pasé mas de veinte años colgada de la punta de la nariz de un jefe de una tribu salvaje, y para colmo de vergüenza y desgracia, tenia por compañero de cautiverio un pedazo de cristal ridiculo y grosero. Durante veinte años, estuvimos el uno frente al otro; colgada yo de la nariz izquierda y él de la derecha. Jamás un hombre honrado, á quien se envía á presidio como si fuese un criminal, sufre tanto como yo sufrí.

A mas de esto, el jefe pasó todo ese tiempo en guerra, sin atender á mi dedicada constitucion, y á mis pacíficos instintos. Recuerdo que un dia fuí herida por una flecha enemiga, otro recibí un fuerte golpe de maza, y nunca olvidaré que una vez me saltó sangre de un enemigo á quien mi amor mató, y por muchos años me he visto cubierta con tan horrible mancha.

Algunos siglos despues salí de mi prision, es decir, de la nariz del salvaje, y llegué á un hermoso país llamado Francia. Oyó la reina hablar de mí, quiso verme y bien pronto fuí su PERLA favorita. Yo estaba muy contenta de que me poseyese; no sé quien era mas blanca, si la reina ó yo; lo que si puedo asegurar es, que jamás me habian llevado con tanta gracia y majestad. Pero poco duró mi dicha; e hambre se estendió por todas partes, y la miseria fué general en toda la Francia; entonces la reina me vendió para con mi producto, hacer limosnas y socorrer necesidades. Esta reina se llamaba María Antonieta.

Me ha gustado siempre ser causa de una buena accion, así es que el recuerdo de esta venta, me es mas dulce aun que aquel del tiempo que pasé en la corte de Cleopatra.

Ahora, hermosa reina, te pertenezco; si encuentras en mí algún brillo, ámame como Cleopatra me amaba, presérvame de las narices de los salvajes, y si tu pueblo es un día desgraciado, alivia su necesidad, véndeme como lo hizo un día María Antonieta: y si por el contrario me encuentras fea y de poco valor, dirígeme algunas miradas que dulcifiquen mis años, y que prueben tu respeto á mi ancianidad. La reina encantada y enternecida, aproximó sus perfumados abios á la perla y la besó.

Después de este beso de reconciliación la reina dijo:

—¿Podría saber yo, querida perla, los misterios de tu nacimiento? Dime como venís del fondo de los mares á adornar las cabezas de los soberanos de la tierra.

—Oye, dijo la perla; voy á referirte lo que me ha contado una perla muy instruida que estuvo más de treinta años sujetando la corbata de un académico.

Se ha dicho que debemos nuestra existencia á las lágrimas de ciertas estrellas que caen en el mar, otros han sostenido que nos desprendemos de la cabellera de Venus, cuando esta diosa sacude sus ensortijados rizos. Todas estas fábulas han sido dichas por los poetas, personas muy finas, atentas y políticas, pero embusteras por naturaleza.

La verdad es que no descendemos ni de la cabellera de Venus ni del muslo de Júpiter, sino que nuestra cuna está en las conchas de las ostras ó de cualquier otro molusco. Lo digo sin avergonzarme. ¿No es la ostra buena é inteligente? Es preciso ser orgulloso y vanidoso como el hombre para tacharla de tonta. El hombre come la ostra. ¿No debía pensar en el hermoso jugo que dan, ó sea en las perlas? Pero dejemos al hombre en la tierra, donde deseo que sea feliz, y volvamos al fondo del Océano. Nosotras estamos formadas de una sustancia, que es la condensación de la ostra, así como la seda es la condensación del gusano. Esta materia es muy común, y es la tintura con que las ostras y demás moluscos, revisten el interior de sus conchas. Esta sustancia tan abundante se llama NACAR. Muchas veces el molusco es demasiado rico, muy fecundo, y sigue produciendo nacar, aun después de haber cubierto toda la extensión de la concha; entonces la sustancia nacarada se concentra sobre un punto, se va aumentando y engruesando sucesivamente, siendo este excedente de riqueza lo que produce la PERLA. He ahí nuestro origen.

Tu sabrás, joven reina, que para ser bella, es preciso que una perla reúna tres condiciones esenciales; primera, la forma, que debe ser redonda; segunda, el agua, es decir, el color, que debe ser blanco-azulado, y tercera el oriente, ó sea el reflejo nacarado de un brillo dulce y profundo, que hace de la perla el más gracioso tesoro de los adornos femeninos. Parece, dijo la perla con aire vanidoso, que en otro tiempo reunía yo estas tres condiciones esenciales....

Escucha ahora de que modo nos pescan, ó mejor dicho, de que manera pescan á las conchas que nos contienen.

Asunto es este muy arriesgado y terrible, y es un verdadero combate, que cuesta la vida á gran número de seres humanos. ¿Pero es culpa nuestra? ¿Por qué vienen á buscarnos? ¿Deseamos nosotras brillar en la superficie de la tierra? No; pero es preciso que las damas se adornen con nuestro brillo.

Las mujeres no se encuentran jamás bastante bellas; diez hombres han perecido en el fondo del mar, pero ¿qué importa? se ha encontrado una perla, la que un día brillará co-

locada en el cuello de una gran señora, y todo el mundo dirá:—¿Qué hermosa perla, que bien os sienta!

Esta lisonja bien merece la vida de diez hombres.

Pero volvamos á los pobres pescadores. El buzo lleva sujeto á los lados un cinto, al cual va atada una cuerda, cuya estremidad tienen los demás compañeros, á fin de poder, en caso de necesidad, sacarle á la superficie del agua. Lleva debajo del brazo una bolsa de cuero para guardar el producto de la pesca, y de una de sus muñecas pende una larga navaja de dos hojas que le sirve para abrir las ostras.

Si el buzo es hábil puede pescar hasta cincuenta ostras; cuando siente que le faltan las fuerzas hace que le saquen á la superficie, deposita su pesca, toma aliento y se vuelve á zambullir hasta que la sangre corre por sus ojos, narices y orejas. Una vez concluido este laborioso trabajo, las barcas depositan en tierra su preciosa carga, y las ostras se arrojan confusamente en unos vastos cercados que se guardan con cuidado y se dejan por espacio de ocho ó diez días hasta su completa corrupción. Pasado ese tiempo, se echan las ostras corrompidas en grandes depósitos llenos de agua de mar, se lavan con mucho cuidado las conchas, se ponen á un lado las que tienen en el interior la preciosa materia, y se entregan en seguida á obreros especiales, encargados de separar la perla, operación delicada que requiere gran maestría y mucha seguridad en la mano.

Cuando las perlas están separadas, se las clasifica por tamaños, por cualidades, se las agujerea, se las coloca formando un rosario, y el comercio se encarga de trasportar este precioso adorno á todos los puntos del universo.

Los chinos, especiales en todo, hacen la siguiente operación para pescar las perlas: cogen las ostras y sin sacarlas del agua abren la concha é introducen una aguja de metal en el interior. Esta aguja hierde á la ostra, entonces esta se lame la herida y depositando las capas nacaradas forma la perla.

Cuando la perla está formada, los chinos pescan de una manera segura.

He oído decir que se fabrican perlas falsas. Los hombres no retroceden ante nada. ¡Imitar la perla!

El hombre puede horadar las montañas, secar los ríos, atravesar los aires, pero no hará jamás la perla. Esta es un secreto de Dios.

Yo he vivido algún tiempo con una perla falsa que me confió humildemente su triste origen. Escucha como se consigue esta infame fabricación.

Se machacan en un mortero de cobre pétalos de rosas frescas hasta que formen una pasta bien unida, que se hace secar al aire libre; antes de que se sequen completamente se echa agua de rosa y se vuelve á machacar de nuevo, se ponen otra vez á secar y se repite la operación hasta que la pasta queda muy fina. Entonces se les da la forma conveniente y se las perfora á fin de poder pasar una cinta por aquellas especies de perlas que se han formado; después se las deja secar y cuando están bastante duras se las pulimentan frotándolas luego con agua de rosas para darlas más olor y lustre.

Con ayuda de este procedimiento la pasta de hojas de rosa, toma un color negro muy pronunciado por la acción del ácido gálico de rosas sobre el hierro.

Con las mismas pastas hechas en un mortero de mármol, se pueden fabricar perlas de todos colores según los principios colorantes que se echan á la pasta.

Las perlas que se fabrican con pasta de hojas de rosa, se llaman *perlas de Turquía*. ¡Pobres perlas de Turquía! Me hacen recordar que también se fabrican falsas en Venecia.

Hé aquí cómo se fabrican estas perlas.

Luego que la materia está en fusión (esta materia se compone de sosa, potasa y arena muy fina), un obrero temple en el crisol la estremidad de un tubo de hierro de cinco pies de largo, llamado *caña*, y le lleva cargado de cierta cantidad de pasta, en medio de la que, con ayuda de un instrumento, practica una larga abertura.

Un segundo obrero aplica contra ese agujero otra caña que tiene cristal en fusión, y los dos obreros se alejan uno de otro con gran rapidez. La pasta se estiende, y concluye por no ser mas que un tubo agujereado de uno á otro lado, y mas ó menos grueso segun la distancia que los obreros han recorrido. Antes de que la materia se enfríe, se repite la operación con tubos sumamente estrechos, y de mas de cien pies de largo, se parten en pedazos de dos pies, y se entregan en seguida á un obrero margaritario; el que, con ayuda de un instrumento, divide la caña en pequeños pedacitos, cuyo largo es igual al diámetro. Estos pedazos caen en un cubo lleno de polvo de carbon y de arcilla infusible, que, introduciéndose en los agujeros de la perla, debe impedir que se llenen, cuando para redondearlos y quitarlos los ángulos se los hace pasar segunda vez por la acción del fuego.

Para esta operación, las perlas mezcladas con cierta cantidad de arena fina destinada á impedir que se reunan por la fusión, están colocadas en un cilindro de hierro herméticamente cerrado. Con ayuda de un manubrio se las da vueltas sobre el fuego, hasta que el recipiente enrojece. Luego no hay mas que lavar las perlas, y colocarlas segun su tamaño.

Se dice que para ser bonita es preciso sufrir mucho. Bien ves lo que sufren las perlas de Venecia.

—Dime, pequeña perla, ¿no tienes conocimientos ó amistades con algunas perlas celestes? exclamó la reina.

—Sí tal, he estado muy unida con la perla de Julio César. Perla que, aunque notable, es menos célebre por su belleza que por sus aventuras. César pagó por ella un millon, y se la dió á una ilustre romana llamada *SERVILIA*, la que aceptó el don imperial, y en seguida hizo llamar á un célebre obrero y le ordenó colocase esta perla en el pomo de oro de un machete, que *Servilia*, á su vez, ofreció al glorioso vencedor de los galos.

Julio César tomó el machete, le rompió, y dando el tesoro á la bella romana, guardó entre sus manos la hoja, exclamando: «Para los hombres no hay mas que dos adornos; el hierro, y el amor de una mujer.»

He conocido también una perla de Panamá, que se ofreció á Felipe II en 1579. Era casi tan grande como un huevo de pichon, pero desgraciadamente su forma no correspondía á su tamaño.

Un diamante, á quien he tratado mucho, me dijo que habia estado casado largo tiempo con una perla sin igual que encontró en la corte del schah de Persia, y que se estimaba en millon y medio.

Es posible, pero este diamante mentía á menudo, y desgraciadamente también fui yo víctima de sus mentiras.

Se cuenta que el papa Leon X compró á un joyero veneciano una maravillosa perla en trescientos cincuenta mil

SEGUNDA SERIE.—1864.

francos: será verdad, pero Leon X era generoso, y algunos joyeros no tienen gran conciencia.

He oído hablar también de la perla que el emperador Rodolfo II habia hecho colocar en su imperial corona. Pesaba, dicen, cincuenta *KARATS*: esto seria hermoso si fuera verdad, pero es preciso convenir que es un absurdo, porque un peso semejante supone una perla gruesa como un puño, y no hay ostra capaz de contener una perla de tal tamaño.

Era hermosa, y la he visto por mí misma, la que un gentil-hombre genovés ofreció á Luis XIV; no tenia mas que un defecto, y era parecerse al busto de un hombre.

La mas bella perla del mundo, se encuentra, segun dicen, en el museo de Zozima, en Moscow; tiene por nombre *PEREGRINO*, y es, segun aseguran, una maravilla; lástima que tenga un trabajo....

A estas palabras, sonriendo la reina, exclamó:

—Me parece que para una perla eres bastante murmuradora y maldiciente. Admiro cómo has hecho el proceso de tus ilustres camaradas.

—¡Qué quieres! cada uno tiene sus defectos, soy maldiciente, segun dices, y esto no prueba mas que una cosa; y es, que las perlas tienen algo de mujeres.

Pero el dia comenzaba á penetrar por las ventanas del palacio real.

La reina colocó la perla, que no podia tenerse de sueño, en un pequeño y elegante estuche de oro, y la prometió un sitio digno de ella en medio de su corona.

—Gracias, respondió la perla, gracias por tal honor; pero hace tres mil años corro de palacio en palacio, y me colocan sobre las coronas de las reinas y en los cetros de los reyes. Estoy cansada de tantas grandezas, y de buena gana cambiaria tanta gloria por un poco de descanso. ¿Quién será la caritativa persona que me dé un poco de agua y un poco de libertad? ¿Quién me volverá al Océano, mi patria querida?

La reina tosió, é hizo que nada entendia.

Después no se oyó mas que un suspiro de la perla, que murmuró:

—Seguiré siendo prisionera de una corona. ¡Toda reina es mujer!! ¡Toda mujer es coqueta!....

¡¡Pobres perlas!...

PITRE-CHEVALIER.

LA ISLA DE MARKEN.

(NORTE HOLANDA.)

La isla de Marken, situada en frente de Monnikendam en el Zuyderze formaba parte del continente hasta fines del siglo XIII en que las aguas lograron separarla. Antes era una dependencia de un convento de la Frisia. Hoy sus 900 ó 1,000 habitantes, divididos en ocho ó diez pequeños grupos, viven con lo que les produce la pesca de las platijas, de las anchoas y de los arenques; añadiendo á esto los productos de su suelo ó sean el heno y los juncos. La aldea principal se llama «El Burgo de la Iglesia.» En la escuela de la isla se reunen 200 niños de ambos sexos, á los que se les enseña lectura, escritura, aritmética, historia nacional y geografía, pues allí como en el resto de Holanda,

AÑO XXII. 37